

CRÓNICA



Guillermo Coronado

El Círculo de Cartago. Remembranzas.¹

I. A cuarenta años de mi incorporación al Círculo, un primer aspecto que se destaca en mis recuerdos es el relativo al manejo de la historia o tradición del Círculo por parte de Roberto Murillo Zamora y Ramón Madrigal Cuadra². Para decidir sobre cualquier asunto invocaban acuerdos pertinentes, pero las actas siempre brillaban por su ausencia. Sin embargo, tal proceder no se podía objetar, puesto que ellos encarnaban la memoria viviente del Círculo de Estudios. Tanto, que por mucho tiempo simplemente asumí que Roberto Murillo, en especial, era fundador del mismo, para muy posteriormente tener que reconocer mi error.

Algunos libros de actas, luego simples cuadernos, sobrevivieron y los conocimos posteriormente gracias a la vocación histórica del Prof. Jorge Enrique Guier Esquivel. Ahora parecen nuevamente inalcanzables, puesto que Jorge Enrique los entregó a Adolfo Chacón, quien, en 1956, como estudiante de cuarto año del Colegio de San Luis Gonzaga, fue uno de los miembros fundadores del Círculo Alejandro Aguilar Machado. Según Adolfo, los entregaría a los Archivos Nacionales. Pero no tengo información de si están disponibles o en depósito.

De nuevo, respecto de la fundación, resulta que Roberto Murillo fue el único estudiante del quinto año que en ese entonces fue invitado a formar parte del Círculo recién fundado, como se dijo antes, por estudiantes del cuarto año. Los choques generacionales también estuvieron presentes en el inicio de la historia del grupo.

II. Las celebraciones especiales del Círculo, por ejemplo, los aniversarios de fundación, se llevaban a cabo en el salón del sótano del Hotel Holanda, costado norte del Parque

Jiménez, donde había estado el Chalet de los Troyo. Manifestación del más sofisticado “epicureísmo”, según la maledicencia típica de las pequeñas ciudades como Cartago, aunque el consumo no era más que una taza de café y alguna repostería. También es de reconocer que los miembros antiguos creaban una atmósfera tal en torno a tales eventos, que yo mismo no sabía qué se podía esperar.

También se debe recordar las fiestas de navidad con sus intercambios de regalos, que siempre eran libros, tradición que se mantiene hasta el presente. Aunque en la primera época cartaga, las celebraciones navideñas se complementaban con una fiesta de navidad para los niños del Sanatorio Durán, y ello requería grandes esfuerzos dadas las muy exiguas arcas de la tesorería y de los circulistas.

III. Después de las inundaciones de Cartago, a fines de 1963, como resultado de las erupciones del volcán Irazú desde marzo del mismo año, resulta de obligatorio recuerdo que el acompañar a Jorge Araya hasta el puente del ferrocarril en San Nicolás alcanzaba matices dramáticos. Cuando Jorge llegaba a la mitad del largo recorrido, que realizaba equilibrándose sobre los rieles del puente que cruzaba la gran explanada cubierta por la masa de barro, se le atacaba con una lluvia de proyectiles. Ramón Madrigal, los hermanos Castillo Rojas –Marco y Roberto–, entre otros eran los autores de tal maldad. Jorge Araya se dedicaba a las matemáticas y ejerció la docencia en varias instituciones nacionales.

IV. La invitación a asistir al Círculo me la hizo Ramón Madrigal en el año de 1964, segundo semestre, en el corredor frente al reloj de la

Facultad Central de Ciencias y Letras, sede de los Departamentos de Estudios Generales y de Filosofía, entre otros. En aquellos días ese era el punto de reunión de estudiantes y profesores, y no el pretil como en días más recientes. Era mi segundo año universitario, y tomaba, extracurricularmente, un par de cursos de Filosofía dictados por el Prof. Claudio Gutiérrez Carranza, a saber, Teoría del Método y Lógica Simbólica, aunque estaba inscrito en el programa de Ingeniería Civil. Ese fue el principio del fin de una carrera de gran futuro económico pero el inicio de una de gran satisfacción personal.

Conocía a Ramón Madrigal por ser vecino del taller de mi padre en el costado oeste del Parque Central en Cartago. Habían llegado unos pocos años antes a una señorial casa en esa cuadra y era muy conocido por sus caballos y perros. También llamaba la atención su amistad con un joven muy estudioso de la Universidad que, al decir de las gentes que me rodeaban, era indudablemente un genio. Con caminar pausado recorría el parque, siempre con un libro en su mano, y llegaba a conversar con Ramón. Ese joven era Roberto Murillo. Ramón había salido del Colegio San Luis, viajado a México por un poco más de un año a estudiar medicina, cosa que sospecho no le entusiasma mucho, y regresado a la Universidad de Costa Rica a estudiar derecho y filosofía.

V. Mi tema de incorporación al Círculo, luego del período normal de prueba en que se mostraba si el invitado cumplía con los estilos de disciplina y dedicación, no fue voluntario sino impuesto. Versó sobre el largo ensayo de Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, en que se presenta una visión total del fenómeno de la evolución tanto biológica como humana. El pensamiento de Teilhard había sido introducido en nuestro país por el Prof. don Teodoro Olarte Sáenz del Castillo y por ello, asumo, el interés de Roberto Murillo y Ramón Madrigal por dicho autor.

La presentación y discusión tomó mucho tiempo. Fue condición que se tratara la totalidad del ensayo y no simplemente un aspecto del mismo. Y no terminó en el sitio de reunión sino que se prolongó en la ya desaparecida Soda Valerín, contigua a la Botica García. Lamentablemente

se me ha perdido el texto mecanografiado de la exposición, creo que con motivo de la construcción de la nueva casa materna, a fines de los años setenta mientras realizaba mis estudios de historia de la ciencia en Indiana University.

VI. Otro evento muy significativo en mis memorias es la incorporación de Nora Chacón Quesada al Círculo: representó lo que Roberto denominaba un axioma práctico, a saber, que “por cuestiones de noviazgos no se perdía un miembro sino que se ganaba otro”. Por supuesto que asistir a las sesiones de los sábados en la noche era perder el cincuenta por ciento del tiempo semanal socialmente aceptable, en ese entonces, para los noviazgos. El tema de ingreso de Nora fue acerca de la historia de la anestesia; Nora cumplió todas las etapas correspondientes y también sobrevivió a la fatídica votación, que todos debíamos superar, para ingresar al Círculo. Por ello Nora es miembro, que no miembra, con plenos derechos desde ese entonces. Y por ello el Círculo ha sido otro de los eslabones en nuestra larga vida compartida.

VII. Por otra parte, una experiencia muy traumatizante era la realización de las conferencias en la Biblioteca Pública de Cartago, Mario Sancho, antiguo edificio del Banco Crédito Agrícola –ahora felizmente restaurado–. Lo normal correspondía a la siguiente situación: el conferencista preparado y el público brillando por su ausencia. Mientras algunos miembros entretenían al invitado, otros “cazaban” a conocidos que tuvieran la mala suerte de pasar frente a la Biblioteca. Por supuesto, al conferencista se le entretenía con profundas consideraciones sobre el tema del día, de su quehacer intelectual, o con la presencia de alguna circulista de escote muy atrevido.

Pero en el Círculo esta actividad de promoción cultural, como se llamaría en nuestros tiempos, era irrenunciable. Correspondía al proyecto de convertir a Cartago en una segunda Atenas, en el verdadero foco de la cultura nacional. Por ello se organizaban ciclos completos de actividades, en especial, conferencias con los intelectuales más connotados, en especial, de la Universidad de Costa Rica.

Dichosamente, el Prof. Constantino Láscaris Comneno, invitado constante, ha dejado registro de los mismos en las páginas de crónica de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Siempre resulta muy gratificante repasar los títulos de las conferencias y los nombres de los participantes. Para citar solamente un ejemplo, considérese el ciclo del año de 1958, del 23 de agosto al 15 de octubre: Dr. Constantino Láscaris sobre “vanidad de la filosofía”, Dr. Roberto Saumells sobre “ciencia y filosofía”, Lic. Teodoro Olarte en torno al tema “el hombre en la filosofía”, Dr. Florentino Idoate sobre “Dios en la filosofía contemporánea”, Lic. Alejandro Aguilar Machado acerca del “significado histórico del Renacimiento”, Prof. Francisco Amighetti acerca de la “plasticidad del Arte Contemporáneo”, Ingeniero Fernando Chavarría en torno a la “génesis y evolución de las matemáticas” y finalmente Prof. Abelardo Bonilla sobre “verdad y belleza”.

En la época de mi incorporación al Círculo, el espacio para tales actividades era la Biblioteca Pública de Cartago. Anteriormente había sido la biblioteca del Colegio de San Luis Gonzaga. Y es importante recordar que una de las grandes batallas del Círculo fue el bautizar dicha Biblioteca Pública con el nombre de Mario Sancho. La oposición fue muy fuerte, pues, todavía en ciertas esferas de la ciudad, la memoria de Sancho genera anticuerpos muy poderosos.

VIII. Otro importante detalle en las primeras etapas de la historia del Círculo corresponde a la estructura de las reuniones. Su inicio a las siete de la noche los días sábados. Una primera parte administrativa, muy formal, con su correspondiente lectura de actas, informes, propuestas de actividades. De importancia crucial: informes sobre libros, teatro, cine y otras actividades culturales con sus respectivas “desrecomendaciones” para evitar a los circuilistas perder tiempo y dinero. También se consideraban posibles nombres para nuevos miembros que eran sugeridos o apadrinados por los circuilistas activos. Una segunda parte, la fundamental, consistía en la exposición de un tema por parte de uno de los circuilistas o de un candidato a ingreso, seguido de intensa discusión. Si era un candidato a ingreso, se votaba en

secreto para decidir su destino. Finalmente, poco después de las nueve, breve reunión en alguno de los salones de Cartago, en particular el Salón París –ya desaparecido y sustituido por uno de los omnipresentes restaurantes de comida rápida de sello norteamericano– o bien la Puerta del Sol.

IX. En aquellos primeros tiempos fue muy importante la dimensión “peripatética” del Círculo. En efecto, los domingos en la mañana se realizaba una caminata a ciertos lugares de Cartago, por ejemplo, Coris y los Cerrillos –al oeste y sur de la ciudad–, y durante la misma Roberto Murillo aprovechaba para profundizar las reflexiones sobre temas intelectuales o de acción político-cultural cartaginesa. El segundo tipo de discusiones tenía que ver, según las informaciones posteriores que obtuve, con transformaciones deseables del Colegio San Luis, para que se convirtiera prácticamente en un centro universitario; tema recurrente resultaba el combate a las autoridades de la Junta Administrativa y la Municipalidad, que se mostraban reacias a tales cambios, la función de la biblioteca pública, etc., etc. Debo reconocer que, dado que no eran obligatorias y además muy tempranas, yo no participaba de ellas. Es algo que lamento mucho, pero el modelo cartesiano de pasar la mañana en cama ya era sumamente poderoso.

X. Es de importancia rescatar algunos de los juegos en las reuniones sociales, que con cierta regularidad, organizaba el Círculo en las casas de los miembros. Entre ellos se destaca el juego de las películas, es decir, el adivinar, en un tiempo determinado, de títulos de películas. Se me indica que ahora se llama “charadas”. Se conformaban dos equipos, y mediante mímica uno de los miembros del equipo trataba que sus compañeros adivinaran el título que el otro equipo le proporcionaba en absoluto secreto. Por supuesto los equipos tenían que rotar a los encargados de hacer la mímica. Generalmente se preguntaba primero sobre el número de las palabras, los artículos iniciadores del nombre, la acción del verbo. En casos de desesperación se aventuraban los nombres de artistas o simplemente títulos. Por supuesto había intentos de fraude, y normalmente el juego terminaba cuando el conflicto era imposible de regular.

Un equipo se declaraba triunfante porque el otro se retiraba bajo protesta.

XI. Durante las primeras dos etapas del Círculo existía una junta directiva anual, compuesta por un presidente, un secretario y un tesorero. Este último era el más sufrido dado que cobrar las cuotas no era sino una tarea imposible. El secretario debía redactar, leer y archivar la minuta de la sesión anterior. El presidente impulsaba las grandes políticas culturales del Círculo. Se llegaba a tales puestos como un reconocimiento al compromiso con el Círculo y una cierta antigüedad. Me correspondió desempeñar los puestos ascendiendo desde tesorero a presidente. Cuando estubo a mi alcance transformé esa estructura de “poder”. Pero ahora no estoy seguro de si aquella fue una sabia decisión.

XII. Las etapas del Círculo corresponden, en primer lugar, a su sede en Cartago, con el nombre original de *Círculo de Estudios Alejandro Aguilar Machado*, desde su fundación en 1956 hasta el viaje de Roberto Murillo a Francia. Su sede original en el Colegio de San Luis Gonzaga, en casas de los circuilistas y en la antigua Biblioteca del Convento de los Padres Capuchinos.

En segundo lugar, su permanencia en San José, bajo el alero del bufete Guier y la guía del jurista e historiador Jorge Enrique Guier Esquivel. Algunos de los nuevos circuilistas de esta etapa josefina fueron: Víctor Hugo Acuña –historiador–, Álvaro Quesada –historiador de la literatura, recientemente fallecido–, los hermanos Sergio y William Reuben –sociólogos–, William Guido –abogado y político–. Una acción significativa de esa etapa es la decisión de cambiar el nombre de la agrupación, pues se consideraba que debía hacer referencia más directa a lo cartago. En consecuencia se toma el nombre de *Círculo Mario Sancho*. Esta acción no fue aceptada, obviamente, por Roberto Murillo y es causa, en gran parte, de su alejamiento al regreso de sus estudios en Francia.

Finalmente, el tercer momento arranca en los inicios de los setenta con el regreso del Círculo a Cartago, 1972, especialmente en nuestra casa, gracias a la hospitalidad de Nora Chacón. Intervenciones de los profesores Claudio

Gutiérrez, Roberto Murillo –ahora como un invitado–, José Alberto Soto fueron muy llamativas. En particular, en la sesión del 16 de diciembre de 1972, Luis Camacho hace una exposición sobre las cuatro etapas de la filosofía analítica, que se publicó luego en la *Revista Torrealba*, del Centro Regional Universitario de Turrialba, y en la que se hace referencia directa al proceso posterior de discusión típico del Círculo.

Por estos tiempos, se incorporan nuevos miembros como Édgar Roy Ramírez y Mario Alfaro, estudiantes de filosofía. Roy con un tema sobre la historia de las ciencias, mientras que Mario disertó sobre “Popper y su crítica a la inducción”. Con mi viaje a Indiana en 1976, se pasa a un estado de letargo. No obstante, una importante actividad tuvo que ver con el centenario del nacimiento de Einstein, en 1979, y organizada en el TEC, por los nuevos miembros antes mencionados, muestra que su compromiso con el Círculo era realmente sólido. Los participantes en la mesa redonda fueron Claudio Gutiérrez, filósofo de la UCR, Guillermo Moncada, físico del ITCR, y Mario Alfaro, filósofo del Círculo de Cartago.

En los ochenta, a nuestro regreso se reanudan las actividades en nuestra casa de habitación y se inicia la rotación por las de los otros circuilistas. Se incorpora Álvaro Zamora. Más recientemente el “hogar” corresponde al Instituto Tecnológico de Costa Rica, en especial, el Seminario de Estudios Filosóficos e Históricos, cuyo fundador fue precisamente Roberto Murillo. El nombre en este tercer momento es breve y directo: *Círculo de Cartago*. Se ha dejado de lado el deseo de ser una fuerza cultural en la ciudad, como en la primera época, pero se ha reforzado el trabajo de estudio y de producción. Los circuilistas firman sus trabajos como miembros de la entidad y se han publicado varios libros como resultado de las actividades de análisis de los fenómenos científico-tecnológicos en relación al impacto de los mismos en las ideas y en la sociedad. Como muestra de ello podemos referir a los Foros de la *Revista Comunicación*, editada por el Departamento de Comunicación del Instituto Tecnológico de Costa Rica, aparecidos en 1988 y 1989. En el primero Édgar Roy escribe sobre “La maternidad por substitución como problema ético”, que refleja la sesión del

Círculo de Cartago del 27 de febrero de 1987. En el segundo, aparecen dos breves ensayos sobre el tema de la eutanasia, por Édgar y el que escribe, que tienen la peculiaridad que en el título introductorio se destaca “participación del Círculo de Cartago”. Pero estos no son los únicos temas con que interesan y comprometen a los circuilistas.

En recientes reseñas bibliográficas aparecidas en la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica se refieren al Círculo como “...ese grupo misterioso que es el Círculo de Cartago” (Alexander Jiménez), y se llega a afirmar que es el autor de las publicaciones: “De mi parte creo que, si bien figuran varios nombres y apellidos, la obra es de un solo autor: el autodenominado “Círculo de Cartago”.” (Arnoldo Mora)

XIII. En esa segunda etapa, la josefina, el éxito fue tan grande y la diversidad de los intereses de los nuevos miembros, en especial, la dimensión política, que se creó una especie de círculo filosófico, conformado por los “viejos cartagos” –pero entre ellos estaba Jorge Enrique– que se reunía entre semana. Una de las experiencias más ricas de este “subcírculo” fue el estudio por muchos meses de la *Ética* de Spinoza, teniendo a mi cargo el análisis de la dimensión axiomática. Lamentablemente un estudiante de la Escuela de Filosofía me extravió la traducción de la obra de Spinoza en que estaba incorporado todo el análisis.

XIV. Según el imaginario del Círculo, como se estila decir ahora, una muy importante actividad se llevó a cabo en la Biblioteca del Convento de los Padres Capuchinos: la “representación”, durante muchas sesiones, de la obra de Jean Paul Sartre, *El Diablo y el buen Dios*. Aparte de los conflictos internos por los papeles a representar por Roberto Murillo y Ramón Madrigal, dado que los de Haydee Garro y Ángela Valverde, esposa de Roberto, estaban asegurados no solamente por razones de género sino por su especialidad en castellano, los demás circuilistas representábamos todos los personajes secundarios, esta aventura dramática tuvo otro serio resultado: se nos quitó la posibilidad de reunirnos en la Biblioteca del Convento; sin eufemismos: ¡nos expulsaron!

XV. En la primera época, el Círculo intentó llevar su mensaje a un auditorio mucho más amplio. Prueba de ello es que en su organigrama fundacional aparece un “secretario de relaciones internacionales”. Pero también tuvieron en mente el contexto nacional. Por ello mantuvieron un programa radiofónico en la emisora católica, Radio Fides, aunque entiendo que por un tiempo relativamente corto. No conozco las razones para tal conexión.

Se sugirió, también, una publicación impresa, la cual debió esperar por “nuestro tiempo”, más de cuarenta años después de la fundación. Tiene como título *Coris*, y aparece tanto en versión impresa como en versión electrónica. Pero así como fue lenta su actualización lo es también su presente desarrollo, solamente lleva dos números en cinco años. Publica textos de los circuilistas y de autores invitados. Su director es Mario Alfaro. La dirección electrónica de *Coris* es la siguiente: www.itcr.ac.cr/escuelacienciassociales.

XVI. Si era difícil ingresar al Círculo, también lo era permanecer en él. Según recuerdo, las actas iniciales registran que miembros fundadores fueron suspendidos por el incumplimiento de sus deberes: ausencia a las sesiones, asignaciones sin cumplir, no presentación de los temas establecidos. Como muestra de esto, cabe anotar que el último miembro en ingresar al Círculo, también ha sido suspendido en forma definitiva por no cumplir con sus obligaciones.

XVII. En estos momentos, y ello no deja de ser doloroso, me corresponde ser el miembro más antiguo del Círculo de Cartago, dado el alejamiento de todos los miembros fundadores, en especial: Diana Masís Fernández, en cuya casa, el 30 de agosto de 1956, se funda el Círculo, John Saxe Fernández, Adolfo Chacón Solano, Víctor Jiménez y Manuel Baldares Carazo(†); de aquellos de la siguiente generación como Ramón Madrigal, Haydee Garro, los hermanos Castillo, Zulay Soto, Franklin Aguilar, Rodolfo Watson, Isabel Quesada, Jorge Araya, Flor del Carmen Portuñez, Egennerly Venegas... así como la partida de Roberto Murillo y Jorge Enrique Guier. Se mantiene algún contacto con Egennerly, al menos en los aniversarios.

El Círculo actual lo conformamos Mario Alfaro, Guillermo Coronado, Nora Chacón, Édgar Roy Ramírez, Valeria Varas, Celso Vargas y Álvaro Zamora. Álvaro Zamora ingresó con un tema sobre Sartre y el arte, Valeria presentó su poemario “Cantando me definiendo”, que luego aparecería publicado y Celso disertó sobre el conexio-nismo y el nuevo paradigma subsimbólico.

Por supuesto, siempre ha habido personas cercanas y colaboradoras que no se convierten en miembros formales pero que prácticamente lo son. Un caso muy significativo es el de Luis Camacho, del mundo filosófico; también merecen mención Pedro León y Edgardo Moreno, del ámbito científico. Además, en un contexto más familiar, Manuel Gmo. Coronado, Eduardo Venegas(†) y su esposa Lorena Chacón merecen un profundo agradecimiento.

Respecto de la conformación del Círculo, Egenney apuntaba comentando una versión preliminar de estas remembranzas, una particularidad muy significativa del mismo, a saber el que el “Círculo no fuera un coto de androcentrismo excluyente o misoginia a pesar del contexto social-histórico, sino más bien un ámbito de solidaridad genérica”.

XVIII. El Círculo se ha enriquecido, también en estos últimos años, con el aporte de intelectuales extranjeros, como es el caso de los doctores alemanes Peter Sprechman –paleontólogo–, Arnold Spitta –historiador–, Hans Werner Schütt –historiador de la ciencia– y el norteamericano David Crocker –ético del desarrollo–. En algunos de estos casos, sus intervenciones en el Círculo han visto la luz en diversos medios escritos.

XIX. Como se señaló antes, el gran artista nacional, don Francisco Amighetti participó en el ciclo de conferencias de 1958. El Círculo de Cartago tuvo la oportunidad de recibirlo nuevamente en una sesión especial, el 15 de abril de 1988, dedicada a la celebración de sus ochenta años y la aparición del libro de Rafael Ángel Herra *El desorden del espíritu. Conversaciones con Amighetti*, de 1987. El diálogo generado a partir de su exposición resultó de gran importancia y belleza.

XX. Ciertamente en las etapas primera y segunda del Círculo la literatura fue un importante estímulo para el estudio y discusión. Sin embargo, cabe señalar que también lo ha sido en las dos últimas décadas. En efecto, a inicios de los ochenta, en casa de Álvaro Zamora se realizó una sesión sobre *El nombre de la rosa* de Umberto Eco que provocó discusión por más de una sesión. Ello me motivó a retomar el tema de la filosofía medieval en el Instituto Teológico de América Central y ofrecer dicho curso de manera ocasional, lo que me permite mantener el interés y dedicación a ese momento histórico del filosofar. En otro caso, en el hogar de Mario Alfaro, se discutió con el autor, *La guerra prodigiosa y Lo monstruoso y lo bello* de Rafael Ángel Herra, dos obras que plantean una simbiosis entre lo literario y lo filosófico. En casa de Roy y Valeria se tuvo como motivo el *Asalto al paraíso* de Tatiana Lobo, lo que nos remontó al Cartago colonial, algo muy necesario, en especial, para los circulistás josefinos.

Otros tipos de documentos también resultaron de gran interés para abrir posibilidades de discusión y profundización temática. Entre ellos, merece atención especial, la discusión nuevamente en casa de Roy y Valeria, de *La casa cósmica talamanqueña y sus simbolismos*, de Alfredo González Ch. y Fernando González V. El intenso intercambio con los dos autores acerca de las correlaciones entre la técnica de la construcción y el modelo cosmológico y religioso motivaron desarrollos posteriores muy fecundos. En mi caso, ello tuvo repercusión en la docencia, en particular, en el curso de Introducción a la Técnica, Ciencia y la Tecnología que imparto en el Instituto Tecnológico.

En consecuencia, cabe revisar críticamente la afirmación de Roberto Murillo en su ensayo sobre el Círculo de Cartago –reproducido en el número inaugural de *Coris*, y que de alguna manera también he aceptado y repetido en varias ocasiones–, a saber, que el Círculo actual es un grupo de josefinos que visitan la casa de Nora y Guillermo en Cartago para discutir temas sobre la ciencia y la tecnología. Por el contrario, muchas de las sesiones, y de los esfuerzos de los circulistás, se han dedicado a temas diferentes a los de la ciencia y la tecnología.

Más específicamente, hay que apuntar que en este 2004, en el Círculo los josefinos activos

son solamente tres, mientras los cartagos somos cuatro –aunque uno sea herediano que reside en Cartago y todavía trata de no ser totalmente asimilado–. Roy, Mario y Valeria son los extranjeros; Nora, Celso, y Guillermo como nativos aceptamos gustosos a Álvaro como residente todavía un poco reacio.

XXI. En respuesta a una inquietud de Mario Alfaro, insisto en que según mis recuerdos me parece que la cerveza o bien otro líquido destilado para consumo posterior a la sesión se hace una costumbre en la etapa josefina, aunque Roberto en su ensayo antes citado, lo sugiere ya en Cartago. En las fiestas navideñas de ese período josefino o en las noches de los sábados se inició esta práctica. De hecho, en San José, un restaurante-bar cercano a la plaza Víquez, de nombre El Paraíso, se convirtió en el sitio de la tertulia posterior a la sesión ordinaria. Dado que por ese entonces causaba conmoción un motel de nombre semejante, proclamar en los corredores universitarios que nos veríamos en El Paraíso después del Círculo, provocaba murmullos de desaprobación –que ciertamente era lo que se buscaba–. Por supuesto que este es solamente mi recuerdo; no un dato histórico.

Egennery recuerda que en la época josefina los paseos y la mayoría de las fiestas navideñas se llevaban a cabo en Cartago, ya fuera en mi casa materna o en el apartamento “del segundo piso” en que instalamos nuestro hogar con Nora. Y ciertamente en tales fiestas las bebidas fermentadas y destiladas estuvieron presentes. Pero ello no refuta mi remembranza antes referida.

Por cierto, Egennery también recuerda la ejecución de ciertos bailes colectivos, en especial, en el caso de la danza de Zorba el Griego, aunque en muchos casos solamente por Jorge Enrique y Nora, y en el caso del “himno” del Círculo, a saber, “Black is Black”. Por mi parte, insisto que las ejecuciones más brillantes de Zorba fueron en la Primavera, en el viejo Escazú.

XXII. Finalmente, el último recuerdo que quiero registrar es el del Círculo como complemento a la formación universitaria. Durante mis años de estudiante los libros de lectura obligatoria en los cursos de filosofía se convertían en el objeto de las exposiciones en las sesiones

correspondientes. Así, mi lectura de tales textos se probaba en el proceso de la exposición, pero más importante, su comprensión se afinaba en el intercambio de ideas posterior a la exposición. Y por supuesto, los circuilistas eran interlocutores mucho más fieros que cualquiera de los profesores y sus exámenes parciales o finales. De hecho, el Círculo eliminaba totalmente el estrés de las pruebas universitarias que se transformaban en un simple ejercicio en comparación con la sesión sabatina.

Desde esa perspectiva, la actividad como circuilista completaba la formación estudiantil, de ninguna manera la perturbaba como algunos solían afirmarlo. Sin embargo, mucho más importante resultaba la diversidad de enfoques y puntos de vista a los que se sometía las exposiciones personales, por una parte, y la necesaria apertura de posibilidades de interpretación e interés que provocaba las formaciones e intereses personales del conjunto de los circuilistas. Una consecuencia necesaria era que sin una apertura de miras y una actitud antidogmática no se podía sobrevivir en el Círculo. Y ello sí que resultó en una crucial lección intelectual y vital. Por ello no solamente hay que brindar por la eternidad del Círculo, como cerraba su ensayo Roberto Murillo, sino que quiero brindar en profundo agradecimiento por la formación que me proporcionó y sigue proporcionándome.

Cartago, diciembre del 2004.

Notas

1. Estas remembranzas responden a un reto-reunión del Círculo de Cartago provocado por mi hija Gioconda, quien se autodefine como miembro de la nueva generación de circuilistas. Estuvo también presente Surayabi Ramírez. En consecuencia, estas memorias se dedican a ella.
2. Ramón Madrigal falleció a las dos semanas de finalizado este ensayo. Del golpe de su partida no nos hemos podido recuperar en el Círculo. Dado el tono festivo de las remembranzas decidí dejarlas como documento privado, pero cambié de opinión gracias al consejo de Luis Camacho quien me hizo ver que seguramente a Ramón le habría agradado precisamente dicho tono. Sean pues estas remembranzas también un homenaje a Ramón, el circuilista por excelencia.

